
LA NOVELA
CORTA
EL PASADO
por
Vargas Vila
10 cts

N.º 316
Año VI

LA NOVELA CORTA

Madrid 31
Dic. 1921

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 498. — TELÉFONO J 624

EL PASADO

NOVELA INÉDITA

VARGAS VILA

En el "atelier" de Doménico Saldini;

afuera un cielo límpido y blanco, uno de esos cielos que por sus decoloraciones parecen acromos y son tiernos y son tristes, como la sonrisa de los seres enfermos que se sienten irremediablemente perdidos;

el invierno llegaba con tibiezas primaverales y las alas de nieve teñidas de un suave bermellón;

había temblores de oro en las ramas de los árboles desnudos, en las cuales cantaba el viento la elegía de las cosas muertas;

nubes violentas se deslizaban bajo el cielo claro, en un ritmo lento, ajeno a todo vértigo, como si el aire al tocarlas las besara sin empujarlas;

adentro, era como una locura de luz entrando por las grandes ventanas para envolver en una caricia adamantina los objetos en artístico desorden;

se diría que un ritmo musical presidía la colocación de esos objetos, tal era la euritmia, la armonía de los contornos y de los colores, que reinaban en aquella sabia decoración;

agudos de una música bárbara parecían reposarse en ciertas telas rojas, bordadas de pájaros lacustres y palmípedos enormes, con hilos de oro mórbido, hecho broncíneo por el paso de los años;

se ostentaban extendidas en grandes atriles que desaparecían bajo los amplios pliegues de las telas flexuosas y pesadas, sabiamente combinadas como para hacer resaltar los matices violentos de aquellas telas purpúreas, color de sangre y fuego;

en el cándido azul de otras, se diría oir llorar las tristezas de Beethoven, sobre la blancura de las rosas, tan pálidas que parecían reproducir la palidez de las manos que las habían bordado, tal vez las manos de alguna novicia sentimental, que coronaba con esas rosas la frente de un difunto amor;

sobre una capa pluvial, color violeta, donde la paloma eucarística abría alas

---

de ámbar prisionera en un triángulo de argento cándido semejaban vagar los trémolos coléricos de Palestrina, en una lluvia de furentes melodías;

había una casulla blanca que empezaba a tomar tonos tiernos de marfil y en la cual una sola rosa enorme, que había sido purpúrea, se mostraba ya de un palor violáceo como un corazón exangüe conservado en alcohol, sobre ella el alma tierna de Schúbert, parecía verter sus "lieds" más apasionados como una lenta lluvia de lágrimas de amor;

las tapicerías colgadas a los muros reproducían todas frescos pompeyanos, y sólo una había en la cual el pincel de Orcagna, aparecía como resucitado reproduciendo una escena tomada a los muros del Campo Santo de Pisa;

los retratos pendientes del muro parecían comunicar al salón la austeridad de sus colores velazquezcos y riberianos, maneras picturales tan queridas al Maestro que las había pintado;

en el "atelier" todo era artístico en su desorden;

en él se adivinaba al artista en diaria comunión con sus modelos y sus obras;

esbozos, modelajes, proyectos de cuadros por todas partes;

junto a un lienzo inacabado con una imagen apenas delineada, un "crayón" inconcluso, y cerca una copia en colores ya muy avanzada de los "Tisserands";

cerca a un "Mercurio", apenas modelado, cuyas blancuras acariciaba el sol, como deleitándose en el frágil prodigio de sus formas inconclusas, la máscara rosa de un "Apolo" que parecía sonreir en su agonía;

sobre una marina levantina en la cual los tonos de un perla-azul delicuescente se infiltraba del rojo solar que decoraba el horizonte y semejaba hecha con vino del Vesubio, la luz blanca y tenue daba opacidades lácteas que cristalizaban las perspectivas, y la hacían aparecer como incrustrada en un crisopacio transparente;

más allá, el arco roto de un puente sobre el cual volcaban las olas con una furia que parecía oirse rugir;

ruinas de un acueducto romano, que en la tristeza patricia de los paisajes del "Agro", semejaba un criptopórtico de estalactitas iluminado por un halo lunar;

una cuadriga apolínea en las crines de cuyos corceles la luz se placía en jugar como si los acollarara con un cintillo hecho de conchas de nácar mientras ceñía con una corona de abejas de oro las sienes apolónidas, y las melenas hirsutas apenas esbozadas en el fosco modelaje;

sobre un caballete, un retrato de mujer, con la insolencia cuasi desnuda de una belleza que aspiraba a ser irresistible;

sobre una mesa muchos desnudos al "crayón";

todo el refinamiento del genio toscano parecía condensarse en una copia de Botticelli, uno de esos paisajes de ensueño en que los objetos se desmaterializan, los horizontes se hacen remotos, y se diluyen como en una visión de éxtasis;

daba tristeza ver ese pedazo de campos y de cielos toscanos, arrojados por tierra en el lienzo inerme, como condenados al exilio y al olvido con la copia de una Madonna de Duccio, que le estaba al lado, toda nimbada de oro y rojo, como surgiendo en una aurora tropical;

en medio de ese artístico desorden, y como complaciéndose en él, estaba Domenico Saldini, extendido en un diván oriental y en actitud soñadora;

no vestía su blusa de trabajo, sino un "smoking" gris afelpado y pantuflas de mucho abrigo; se tocaba con una gorra de terciopelo azul, a estilo de las que usaban los pintores renacentistas;

era presa de una terrible cefalalgia, y se reposaba materialmente, ya que moralmente era víctima de una gran agitación;

por primera vez había reñido la noche anterior con su mujer, y ésta, contraria a su habitual actitud pacífica de cisne que se deja amar, se había mostrado colérica y altiva, y era aún rebelde a toda conciliación;

los nervios—se había dicho él, durante la mala noche que había pasado sobre un sofá, inexorablemente desterrado del lecho conyugal;

a la mañana había tocado a su puerta para llamarla;
había tardado largo tiempo en responder;
—¿Vas mejor?—le había preguntado con su voz más cariñosa y más amante;
un "sí", seco y sin gratitud había sido la única respuesta.
—¿Puedo entrar?
—No...
había insistido en balde;
tuvo que alejarse como un perro castigado;
y, en verdad—pensaba él—, no había razón para tanto;
total... una observación cariñosa sobre el traje, que le había parecido demasiado llamativo, y sobre la hora de regresar, que le parecía demasiado tarde:
—Celoso ¿eh?—había dicho ella, con acento de mofa colérica y un gesto de desdén en los labios insultantes—y, había continuado en decir con voz temblorosa de cólera: —Tiempo perdido, caro mío, porque yo no estoy dispuesta a vestirme de mojiganga por dar gusto a tus caprichos de viejo; la moda es la moda, y yo la sigo; y, en cuanto a la hora, ¿soy yo, por ventura, una sirvienta para entrar a horas fijas a la casa de mis amos?; bien has podido sentarte a la mesa y comer sin esperarme; yo tengo mis relaciones sociales, y no entiendo renunciar a ellas; ¿es que yo te pregunto sobre las horas que pasas en mimar a tu hijo, en atender a tu hijo, a ese bendito hijo que nos ha caído del cielo, y al cual yo no conozco ni quiero conocer?, ¡ah! si yo hubiera sabido lo que hacía no habría entrado en este horrible féretro, que es el matrimonio con un viudo; ¡uf! ocupar el ataúd que la muerta ha dejado vacío...
él, no la había oído nunca hablar así, no la había visto jamás en ese grado de exaltación;
todo, hasta la belleza de su rostro había desaparecido en ese rapto de ira que la afeaba y la envejecía;
hombre de mujeres, habituado con otras a esas escenas, quiso calmarla, sabiendo como sabía por su vieja experiencia, lo frágil que es la cólera en ese niño enfermo y voluntarioso que es la mujer;
pero, al ir a abrazarla se vió bruscamente rechazado;
su mujer volvió las espaldas, entró a su aposento y cerró violentamente la puerta con llave;
había tenido que comer solo, alegando como disculpa una "migraine" de la señora, para ocultar ante el servicio esos disgustos conyugales, siempre de tan deplorable efecto en la servidumbre;
había dormido, o intentado dormir, solo, presa de una espantosa nerviosidad;
y, en la mañana, no habiendo sido recibido por su mujer, había partido para su "atelier", y, estaba allí, luchando con la cefalalgia, y con el tumulto de cosas interiores, que se disputaban el dominio de su cerebro y de su corazón;
para él, no eran nuevos estos disgustos de "ménage", porque había tenido muchas queridas, y con ellas habían llegado a hacérsele hasta habituales;
pero, este primer disgusto con su mujer, a quien adoraba ciegamente, lo anonadaba;
y, buscaba en vano la explicación de ese súbito arrebato;
los nervios no eran una disculpa suficiente;
¿los celos?;
¿de quién podía estar celosa su mujer?;
¿de su hijo?;
pero, si él odiaba a su hijo, a ese fantasma de su Pasado, que había venido desde tan lejos para buscarlo, y, se alzaba ante él, repleto de vida y de insolencia;
lo odiaba como se odia el Crimen cometido, como se odia el Remordimiento, como se odia la Expiación que se ve venir y no quiere sufrirse;
como si remontase un río obscuro y torrentoso, hacia un estuario muy leja-

no donde duermen aguas muertas cuyos miasmas letales envenenan aun a distancia, se dió a rememorar su Pasado, aquel Pasado que él había creído destruir con el hecho de olvidarlo, sin saber que no se mata el Pasado, que él vive con nosotros, vive en nosotros, y va al lado de nosotros, como un fantasma que toma formas consistentes y visibles a la hora en que el Destino quiere pedirnos cuenta de ese Pasado;

y, partía mentalmente en busca de ese Pasado suyo, en cuyas cercanías sentía el tumulto de las olas desencadenadas, de cuyo furor no podía huir;

no eran los horizontes oro y grana de los cielos napolitanos, que habían visto su infancia y su adolescencia, los que rememoraba;

era el azul límpido, el azul perláceo, fundiéndose en el rosa pálido, de los cielos de Toscana, el que se mostraba, como en una "Adoración", de Masaccio, a los ojos reminiscentes de su espíritu;

no eran los jardines del "Boboli" con sus frondasones de Silencio y sus avenidas calmadas, llenas de un sortilegio de ensueño, en las cuales la luz filtra con una tenuedad suave que parece una proyección de rayos lunares, ni los largos malecones del "Arno", entre los cuales las aguas verdes del río se deslizan sin oleaje, como una serpiente en cuyas escamas de esmeralda, pusiera el sol pequeños granos de oro, ni el azul bituminoso de la "Piazza della Signoria", sobre la cual las torres del "Palazzo Vecchio" se proyectan como para hacer sombra al resplandor de blancuras que los cuerpos de las "Sabinas" semidesnudas arrojan como antorchas de mármol desde las arcadas de la "Loggia dei Lanzi" los que rememoraba;

no eran los esplendores clásicos de la Ciudad Ducal, los que surgían en su imaginación, sino las líneas puras y el horizonte libre de un valle situado entre la Ciudad y la montaña, en ese anfiteatro de colinas que se extiende de "Tièsole" a "Maiano", como un collar de crisólitos violentamente rojo sobre el llano;

y, el viejo "Castello" de los Montefieltro, alzando en él, su mole medioeval, no carente de estilo, pero pesada en su construcción guerrera y su erizamiento de torres que lo hacían aparecer como un inmenso jabalí petrificado;

y, su entrada a esa mansión señorial, joven artista de veinte años de edad, ya mimado por un naciente renombre y llamado para hacer el retrato de la marquesa "donairiere" que parecía no esperar sino dejar ese legado de amor a sus nietos, para cerrar sus ojos a la vida;

no entraba allí como un artista anónimo o menesteroso;

además de su renombre, que era nuevo, lo acreditaba su nombre, que era antiguo, y su título de barón de Pietralta, a cuya noble familia napolitana pertenecía;

fué recibido con esplendidez en la austera morada, donde los marqueses de Montefieltro, fueron para él, más que hospitalarios, paternales;

conocían su familia, y el marqués era amigo de su padre de vieja data, desde los tiempos de una Academia Politécnica, en que los dos cursaban iguales asignaturas;

la marquesa, octogenaria, era un difícil modelo, porque además de ser inquieta y voluntariosa, un perpetuo temblor senil hacía difícil la fijación de las líneas del rostro, un bello rostro de anciana, lleno de majestad, con facciones acentuadas de la más pura raza;

acompañaba a su abuela en estas sesiones de "pose", su nieta Francesca, una deliciosa criatura, delicada y lánguida, la mayor de las hijas de los marqueses, y a la cual el fervor romántico de su abuela había impuesto ese nombre de tragedia de amor;

era en una terraza asoleada y luminosa, a las horas de la tarde cadente, que el joven pintor copiaba las facciones de la anciana, bajo las miradas distraídas de la joven, que contemplando los horizontes ilimitados parecía soñar con vagos cielos de Idealidad;

Francesca Arlotti de Montefieltro, era bella, pero con una belleza sin sensualidad, hecha toda de gracia y distinción;

alta, pálida, muy delgada, como si el "morbus" que había devorado su raza toda, se hubiese apoderado ya de su organismo, podría decirse que todo su encanto, era un encanto espiritual que emanaba de ella como un flúido;

ese encanto ganó muy pronto el alma soñadora y el corazón apasionado del artista;

ella, joven y soñadora también, encerrada en aquel castillo como una virgen de leyenda, no fué insensible a aquella pasión, que surgía espontánea y pura, como un botón en la rama de un rosal;

y los dos jóvenes se amaron;

la soledad cómplice de los jardines escuchó sus confidencias;

el perfil de medalla antigua de Francesca se diseñaba en el fondo obscuro de las enredaderas espesas, con su faz pálida, su cabellera negra y sedosa y sus ojos agarinos, color de miel, grave y seria oyendo las confesiones del joven meridional, apasionado y ardiente, que unía al encanto de su belleza física el de una palabra suave y armoniosa, hecha para decir cosas de amor;

Francesca no tenía madre, porque el terrible azote que diezmaba su raza la había arrebatado muy joven al afecto de los suyos;

la vieja marquesa, experta en cosas del corazón, sorprendió aquel amor naciente, y, no tardó en oir su confesión de los mismos labios de su nieta;

y, fué feliz;

la idea de no morir sin dejar antes casada a Francesca, colmaba el más grande anhelo de su vida;

ella protegió esos amores, y, ella los contó a su hijo;

el marqués no fué adverso a la idea del matrimonio, aunque lo inquietaba la excesiva juventud del novio;

sin embargo, viudo, con su madre ya tan anciana, y sin más familia que Francesca y su hermana Paola, que se educaba en un colegio de Pisa, la idea de perpetuar su familia y repoblar su hogar lo halagaba;

así, cuando Doménico Saldini, le habló haciendo su proposición y entregando la carta que había pedido a sus padres solicitando la mano de Francesca para él, fué aceptado sin vacilación;

y, el matrimonio tuvo lugar;

fué una fiesta íntima a la cual no concurrieron sino miembros de las dos familias;

para concurrir a ella, fué sacada del colegio, y traída en permiso de unos días, Paola, la hermana menor, un verdadero "enfant terrible", que entró a la casa como un huracán, agitándolo todo, removiéndolo todo, y llenándolo todo de un nuevo estremecimiento de vida y de alegría;

los viejos salones penumbrosos y polvorientos, en los cuales parecía sentirse el hálito de las edades pretéritas, acompañando el paso de los fantasmas de aquellas generaciones de héroes rudos y gloriosos que habían sido los Montefieltro, sintieron violada su calma secular, por la llegada de aquella niña inquieta y vivaz, que sacudió su sopor con danzas y canciones modernas, y el resplandor solar de una franca interminable alegría;

la tristeza que como los rayos oblicuos de un sol poniente llenaba los seres y las cosas del Palacio, se sintió expulsada, como el silencio pesado de una selva al paso del torrente bullidor;

sus diez y seis primaveras eran como diez y seis flautas sonoras, llenándolo todo con la armonía cantante de su jocundia; como diez y seis rosas abiertas violentamente sobre la misma rama de un rosal;

ningún contraste más fuerte que el que ofrecían la belleza y el carácter de las dos hermanas;

lánguida, apacible, suave, Francesca se deslizaba por la vida como un ritmo fugitivo y encantador, que aspiraba a vivir y a morir en el silencio;

su belleza era semejante a su carácter, tenue, delicada, sensitiva, como ciertos pasteles cincocentistas, llenos de una gracia frágil, y cuyos tintes palidecidos por los años dan una especie de belleza espiritual a la figura, apenas visible, cual si surgiera en un miraje de aguas;

fuerte, exuberante, con una riqueza prematura de formas, la cabellera negra y profusa de un negro tenebroso, los enormes ojos negros también, de un negror fosco de noche y de tormenta, la boca roja y carnosa de labios provocativos y sensuales, Paola era lo que los franceses llaman "une beaute du diable", toda carnal y tentadora, hecha para perturbar los hombres con su inquietante prestigio;

era "l'enfant gaté" de la familia;

su padre, tenía por ella la ciega adoración que se tiene casi siempre por el último hijo, aumentado en este caso por el triste motivo de que, Paola, casi no había conocido a su madre, porque ésta había muerto cuando ella estaba aún en nodriza fuera de la casa;

Francesca la amaba como una madre, porque de tal la había servido;

siéndole mayor de ocho años, era ella quien la había cuidado y la había educado con una ternura verdaderamente maternal, y un celo ilimitado;

y, sólo cuando la vieja marquesa, hecha casi otro niño por la edad, necesitó de todos sus cuidados, fué que permitió que llevasen a Paola al colegio, y la vió partir como si se desprendiese de la mitad de su corazón;

la ventura de su matrimonio, una ventura tranquila y calmada como todos sus sentimientos, fué acrecida con la llegada de ese otro amor de su alma, que venía a alegrarlo todo, como una bella música llena de arpegios amorosos;

Paola, se rebeló a volver al colegio, pasadas las fiestas del matrimonio;

lloró, suplicó, y triunfó al fin, ayudada por Francesca y a pesar de la oposición decidida de la marquesa, que deseaba ver alejada de sí esa niña inquieta y voluntariosa, que con tanta frecuencia la hacía enfadar;

la luna de miel de los esposos fué serena y tranquila, como convenía al carácter sin arrebatos de Francesca, que parecía haber hallado en ese nuevo amor un nuevo deber que cumplir;

amable, cariñosa y grave, era maternal para su esposo, como lo había sido para todos;

pronto la anunciación de un nuevo deber vino a alegrar su vida, porque sintió que iba a ser madre;

la marquesa susultó de alegría a esta noticia;

ya podría cerrar tranquila sus ojos para siempre, porque otros más bellos iban a abrirse sobre la vida;

el marqués no ocultó su contento;

sólo Paola permaneció indiferente, como si la llegada de un nuevo niño viniera a quitarle sus prerrogativas de último retoño de una raza;

tal vez confusamente presentía que todos los mimos y ternuras de los viejos serían ya para el niño que nacía;

Doménico, demasiado joven para definir y analizar sus sensaciones, no habría podido decir cuáles eran aquellas que lo poseían ante la perspectiva de ser padre;

tal vez era la indiferencia o tal vez la novedad ante el acontecimiento, pero nunca un sentimiento profundo y tierno;

su temperamento emocional, no era el de una extremada sensibilidad de afectos;

para él, como para todos los grandes egoístas, amar era una forma de amarse, y no podía amar a un ser que no había nacido y no le había dado, ni podría darle aún, ningún placer;

en su temperamento exclusivamente sensual, que el estado de su mujer, que la divinizaba como madre, le restaba encantos como hembra, a causa de la delicadeza de su constitución, haciéndola casi inapta para el placer;

y, esto le hacía sufrir físicamente, porque en aquella soledad, la lascivia exuberante de su temperamento, no hallaba manera de satisfacerse y de colmarse;

su vida se hacía monótona, de una monotonía suave y tranquila, que tenía la tristeza de una agua muerta, de un paisaje familiar siempre inmutable;

la salud muy precaria de Francesca se resentía de su maternidad y se veía precisada a preservarse de los cambios bruscos de temperatura, y a guardar largas horas de inmovilidad;

los cuidados excesivos de la vieja marquesa, temerosa de todo lo que pudiera hacerle perder aquel retoño de su raza, último que vería abrirse bajo sus ojos, retenía a la joven confinada en sus apartamentos, permitiéndole apenas ligeros paseos a la hora del sol, por los jardines luminosos, estremecidos ya bajo la caricia de oro del otoño próximo;

su languidez era extrema, y apoyada en el brazo de su esposo, andaba muy lentamente, como si la agobiase el peso del fruto vital que llevaba en sus entrañas;

se sentaban en los grandes bancos de piedra, a la sombra de las viñas vírgenes que empezaban a empurpurarse, trazando líneas rojas sobre el negro de los viejos muros, como promesa de su próxima fecundidad;

ese tiempo lo aprovechaba ella para bordar las ropas delicadas del ajuar que preparaba para su hijo;

y, él, se aburría grandemente, prisionero de aquel naciente deber, que habría sido tan grato a otro ser, que no fuese como él, absolutamente desnudo de sensibilidad;

para distraerse en esas horas de hastío llevaba consigo un caballete portátil y sus útiles de pintura y se entretenía en hacer bellas acuarelas reproduciendo rincones del viejo parque señorial, llenos de suaves penumbras, donde las graves fuentes parleras parecían cantar una canción de siglos; o trozos de las avenidas solemnes, donde la luz tamizada a través de los ramajes fingía ríos de miel sobre los cuales se reflejaban las ramas de los árboles, cuyo verde obscuro empezaba a hacerse de un amarillo ocre, color de herrumbre; o crestas como bahías de luz que se formaban en las partes despobladas de árboles, donde rosas inactuales persistían en abrirse, desafiando los primeros fríos, que desdoraban lentamente las ramas florecidas de los arbustos;

ella, lo veía pintar, asombrada de la maestría con que hacía brotar cosas vivas en el fondo de la tela o del papel, encantada de las coloraciones, que hacían aspirar las rosas, como si realmente tuviesen un perfume;

y, le hablaba de cosas muy serias, de los síntomas que anunciaban la felicidad del alumbramiento, de los mejores métodos higiénicos para criar robusto el niño, y de la educación que pensaba darle;

él, la oía indiferente, con una sonrisa amable, que no alcanzaba a ocultar su hastío;

y, regresaban a la casa cuando ya el sol moría, tejiendo salmos de luz en las ramas orfebrizadas;

las veladas eran tristes, llenas de una calma brumosa, que respiraba enojo;

sólo eran embellecidas por la alegría de la música, cuando Paola estaba en ánimo de tocarla, que no estaba casi nunca;

ella también se sentía aburrida, fatigada de la monomanía de esa vida, y su carácter tan alegre, empezaba a ensombrecerse lentamente, como un bello paisaje ganado por las sombras;

el marqués, que era inspector de una zona militar, hacía largas ausencias, y, no estaba en casa casi nunca;

la marquesa se recogía como los pájaros, a la hora del crepúsculo;

Paola, aburrida, dormitaba sobre un sillón;

y, el "tete a tete" de los dos esposos, terminaba por largos silencios.

y, al fin, fatigados de callar, se marchaban a dormir;

la quietud, la uniformidad de esa vida, exasperaban el carácter inquieto y aventurero del joven pintor, que empezaba a sentir las nostalgias del movimiento y de la libertad;

su temperamento de artista sensitivo y voluble lo hacía soñar con otros horizontes, con otra vida más agitada, con otras emociones más fuertes y más vivaces;

el vino de la bohemia, que ya había probado, había dejado en él el recuerdo imperecedero de su sabor y de sus embriagueces constantes y luminosas;

y, soñaba con ese vino; soñaba con otras mujeres que había poseído, y soñaba con sus caricias, con dormir de nuevo entre sus brazos, que le parecían más amables y, más cálidos, que los besos y los brazos castos de su esposa;

el deber, que hace odiosas todas las cosas que toca, empezaba a hacerle odiosa su cadena de rosas, cuyas flores se convertían lentamente en eslabones de un pesado metal;

bien pronto, la salud muy delicada de Francesca le impidió salir de la casa, y ésta se convirtió para él en una triste prisión;

para sacudir ese tedio odioso, buscaba consuelo en su arte, y, pasaba el día en los jardines, copiando los encantos de una naturaleza cuyas bellezas empezaban a hacérsele fatigantes e insoportables;

Paola, que no lo acompañaba nunca en sus excursiones con Francesca, como si temiese interrumpir sus efusiones de intimidad, lo acompañaba entonces algunas veces, como apiadada de su soledad;

un candor apaciguado parecía haber suplido a la alegría tumultuosa y rebelde de la niña, hecha prematuramente una mujer por el influjo de aquella soledad grave y serena;

pero, persistía en ella ese algo fatal, que residía en su belleza extrañamente sugestiva y tentadora, que parecía enfermar del deseo de poseerla a todos los seres circunstantes, y contagiaba de sensualidad todo, hasta los árboles que le daban sombra y los pájaros que voloteaban sobre su cabeza;

residía en sus ojos tenebrosos y abismales, llenos de un misterio inquietante, como lagunas malsanas dormidas bajo la noche, sobre las cuales fulgiese el vuelo de cantáridas afrodisíacas, violando el cáliz inerme de los nenúfares, agobiados de pesadumbre sensual;

residía en su boca roja y turbadora como un sexo desnudo ofrecido a todas las violaciones, y en la cual los besos habían de posarse como miradas de abejas escapadas a las colmenas del Pecado;

residía en su pecho combo y protuberante, donde los senos duros semejaban ánforas de alabastro repletas de un divino licor, que pedía ser extraído por labios apasionados, trémulos de deseos;

residía en toda ella, como un hálito sutil que la circuyese adhiriéndose a sus carnes cual un perfume enervante y capcioso, genitor de los más locos apetitos carnales;

Doménico había sentido esa fascinación, y, gozaba en sufrirla y en exasperarla;

él, no tenía prejuicios morales que le hicieran pecaminoso ese deleite;

así, cuando ella le rogó que le hiciese su retrato, accedió gozoso;

y eligieron como cuadro apropiado a tanta belleza un rincón del jardín, muy apartado, donde a la sombra de laureles rojos y cipreses tumulares que se inclinaban sobre las aguas quietas de una fuente taciturna, las clemátides tendían un velo impenetrable de un verde temblador;

fueron sesiones encantadoras, en aquel silencio umbrío, sin más testigos que el delfín de piedra que hacía siglos se miraba en el espejo de la fuente muda;

nada igual al placer que él sentía al tomarle el rostro entre las manos para

hacerle cambiar de posición, dejándolas deslizar luego suavemente sobre el seno, que temblaba;

o cuando le juntaba las rodillas, para que sostuvieran bien el ramo de rosas blancas que sus manos tenían sobre la falda;

la virgen temblaba; y sonreía a las burlas que su cuñado le decía sobre la exuberancia de sus formas;

y, cuando éste, apoyaba fuertemente las manos en su pecho para fijar en él el ramo de violetas que debía adornarlo, ella lo dejaba hacer roja y agitada, temblorosos los labios y húmedos los ojos;

y, cuando una tarde él la besó en los labios, se dejó besar y devolvió los besos;

y, cuando al declinar de un crepúsculo opulento, él la poseyó sobre el banco de piedra en que se sentaba, se dejó poseer encantada de hacerlo, y se entregó con el frenesí de un deseo largo tiempo reprimido;

y, desde aquel día, mientras Francesca yacía en el lecho, cada día más delicada por la proximidad de su alumbramiento, ellos se entregaban a su amor con locos arrebatos, y un impudor que parecía hacer enrojecer los viejos faunos que los miraban desde el limo verde de la fuente pensativa;

nada calmaba aquel ardor pecaminoso, que los hacía tan deliciosamente culpables;

al fin, llegado el término natural, Francesca dió a luz un precioso niño, que aun tan pequeño, se le parecía enormemente;

la marquesa quiso estar con la comadrona y el médico al lado de su nieta en el duro trance, y fué la primera en recibir en sus manos temblorosas el esperado vástago;

el marqués, venido expresamente para el acto, quedó encantado al ver que el recién nacido era varón, porque eso perpetuaría su nombre, y ofreció apadrinarlo, dándole su propio nombre de Gerólamo;

pasados los días del alumbramiento, y del bautismo, que se verificó en la propia capilla del castillo, el marqués partió a sus ocupaciones, y, todo volvió a quedar en la calma letal que antes tenía;

la paternidad no conmovió ni poco ni mucho el corazón del joven pintor, a quien el veneno de la lascivia roía las entrañas;

el niño rojo y grasoso le pareció algo asqueroso de ver, y lo tomó con repugnancia entre sus manos cuando la comadrona se lo dió para que lo besara;

y al besarlo, le pareció que besaba un fantasma de su propio Yo, que podía serle fatal;

demasiado joven y demasiado lleno de sí mismo para poder sentir ese amor convencional de la carne que se reproduce, comprendió vagamente que el amor paternal no es un sentimiento, sino un instinto, una ternura absolutamente animal; no la sintió por su hijo y devolvió el niño tratando de ocultar la repugnancia que le inspiraba;

lo devolvió con rencor, como quien devuelve el eslabón de una cadena que empieza a formarse, y al cual han de seguir otro y otros hasta la completa estrangulación de aquel que ha de llevarla;

él, sabía que todo deber es una esclavitud y se sintió ya esclavo de ese deber;

y, cuando vió libres sus manos del peso de aquel niño, le pareció que quedaban también libres del fardo del deber, y extendió al espacio sus brazos, como si fueran dos alas amenazadas de mutilación;

y, miró a la madre pálida y exangüe, que tendida en el lecho le pareció como una cruz echada por tierra y a la cual, estaba él clavado por los horribles clavos del deber;

esa era su cruz...

¿había de estar toda su vida unido a ella, extendido sobre ella, inseparable de ella, sin otra esperanza de liberación que la de la Muerte?...

¿el Matrimonio era, pues, una Crucifixión?

y tuvo el horror de su cruz, el horror de su martirio...

y, triste, doloroso, resignado tuvo una como pre-visión de su Destino, y sintió pasar en su alma una ráfaga de Piedad, por sí mismo, por su mujer, por su hijo que dormía en la cuna; y, cayó de rodillas, a la orilla del lecho, y, besó la mano escuálida de Francesca que pendía de él, como una azucena tronchada;

ella le agradeció, con una sonrisa tan tierna como la mirada y la sonrisa con que le dijo, acariciándole suavemente la cabellera ensortijada:

—¿Estás contento?

—Sí—dijo él, con una voz velada, en que lo bajo del tono ocultaba el horror de la mentira;

permaneció anonadado, silencioso, al pie del lecho hasta que su mujer cerró lentamente los ojos, vencida por el sopor;

se puso de pie, extinguió un poco la lámpara, y, los vagos contornos del cuerpo de Francesca, cuasi desaparecidos en la penumbra, le parecieron como las líneas fugitivas de un vago amor lentamente borrado en el recuerdo;

y, abandonó en silencio la estancia, con el respeto con que se abandona la cámara de un muerto, cual si en vez de su mujer enferma, hubiese dejado un cadáver extendido sobre el lecho;

y se alejó... triste de no poder sufrir, triste de no poder llorar; no sabiendo qué es más doloroso, si vencer sus lágrimas, o no poder verterlas...

....

....

en tanto el loco amor de la carne lo tomaba furiosamente, perdidamente, como las olas de un torbellino de aguas llevan un leño desamparado;

y, él, no amaba ya sino ese solo amor;

detestaba todos los otros;

el amor de su sangre joven, mezclándose a otra sangre más joven todavía, era el que ocupaba y devoraba su vida;

aprovechando la separación natural de lechos con motivo del alumbramiento de Francesca y la lactancia del niño, él dormía en otro aposento, cercano al del marqués siempre ausente, y, explotaba esta circunstancia para recibir en su lecho a Paola y permanecer en él, entregados a una verdadera embriaguez de amor, hasta que el alba aparecía y el canto de los pájaros sonaba como una diana de flautas en el jardín cercano;

para Francesca, las consecuencias del alumbramiento habían sido más graves que para cualquiera otra mujer;

débil, anémica, ya tocada por la tisis, el terrible mal que había diezmado su raza, su convalecencia fué más lenta y más penosa que la de cualquiera otra puérpera;

durante mucho tiempo no abandonó el lecho sino por muy pocos momentos, como para contemplar, sentada en un sillón, tras los cristales del balcón, las líneas armoniosas y la magia de los colores que le ofrecían los paisajes, sobre los cuales el invierno lucía sus cándidas blancuras;

su abuela le hacía compañía, contemplando embebecida el niño que dormía en la cuna, o exprimía con avidez el seno de la nodriza, que para alimentarlo había venido desde los montes lejanos de los Abruzzi;

su marido pasaba algunos momentos al lado de ella, pero, alegando sus trabajos de pintura, se alejaba pronto, bajando a los jardines, donde Paola lo esperaba impaciente;

ésta, hacía raras y ruidosas apariciones en las habitaciones de su hermana, donde era más bien temida que esperada, pues se complacía en atormentar al niño con el pretexto de acariciarlo;

la marquesa continuaba en ver con malos ojos la manera de ser de Paola, y

hablaba altamente de volver a enviarla al colegio, para lo cual sólo esperaba la próxima llegada del marqués;

ésta, reía de las amenazas de su abuela, segura del poder de sus mimos y sus lágrimas sobre su padre;

Doménico, insustancial y ligero como un pájaro, no medía la gravedad del drama del cual era actor, y si se entristecía a veces era pensando en su perdida libertad y en la alegre bohemia en que había soñado expandir sus sueños luminosos de artista;

un acontecimiento inesperado vino a abrirle los ojos con una brutalidad desconcertante;

Paola estaba encinta;

segura de ello se lo dijo a su amante, y ambos quedaron asombrados, como ante un abismo abierto súbitamente bajo sus pies;

¿qué hacer?...

el marqués debía llegar en esos días, y la entrada de Paola al colegio sería una cosa cierta;

el escándalo era inevitable;

¿quién afrontaría la furia del marqués?

ambos temblaban ante esta idea como dos chiquillos asustados;

no había salvación sino en la fuga;

huir... huir... huir...

él, pensó primero en huir solo...

pero, las lágrimas, y más aún, las amenazas de Paola, de decirlo todo antes de que él huyera, lo vencieron;

y huyeron ambos;

dejaron el castillo una noche muy fría, mientras todos dormían, llevando apenas algunas ropas;

viajaron en tercera clase, ocultando sus nombres por miedo de ser perseguidos;

y, así llegaron a París;

primero vivieron unos días en un "hotel meublé" de la "rivegauche", de ese fabuloso barrio latino, que había sido el polo de atracción para su mente de artista;

después hallaron una pequeña cámara amueblada en la "rue Saint Severin", casi ribereña al Sena, y allí ampararon su miseria;

sí;

porque fué la miseria inexorable y ruda la que los recibió y los rodeó al llegar a la grande urbe;

no traían sino una suma insignificante de dinero, y algunas ropas, más insignificantes todavía;

él, tenía en París algunos amigos suyos, artistas también, de tierras partenopeas, pero, no siendo conocedor de la ciudad, tardó algunos días en encontrarlos;

y éstos le fueron de bien poca utilidad;

eran en su mayoría artistas bohemios, tormentosos y miserables, que lo llevaron a los "cabarets" humeantes y fétidos, le presentaron modistillas y cocotas, pero no pudieron aliviar en nada su triste situación;

para subvenir a las necesidades de su alimentación, empeñaron las pocas ropas que traían, y, entonces, por decoro, viéndose, más que mal trajeado, cuasi desnudo, él, no pudo salir sino de noche, con un cuadro bajo el brazo, para ofrecerlo en los cafés subrepticiamente, sufriendo con frecuencia el ultraje de ser expulsado por los camareros;

estos cuadros, eran en su mayoría croquis al "crayón", reproduciendo el cuadro lúgubre que veía desde su buhardilla, situada sobre los techos: horizontes de pizarra, donde surgían chimeneas fantasmales, bajo cielos plomizos de una inclemencia cruel, o acuarelas admirables, reproduciendo, ora el Sena, con el gris oricalco de sus olas sin rumores, y sus barcas enormes amarradas a la orilla, como cetáceos dormidos, ora rincones poetizados de los jardines del Luxemburgo, ape-

nas entrevistos, pintados sobre tela, con una admirable pureza de dibujo, y prodigiosos juegos de luz sobre las frondasones lujuriantes;

íbase en el misterio de la noche a ofrecer su mercancía a los transeuntes, en voz baja, temiendo importunarlos, o la vendía a vil precio a ciertos "amateurs", que se la pagaban con desdén, como si arrojasen una limosna a su mendicidad;

y, regresaba ya muy tarde a su miserable desván, rendido, humillado y con un deseo loco de llorar;

y, hallaba a Paola insomne, meditativa, temblando de frío en aquella morada donde no había más muebles que una mala cama, algunas sillas, y un hornillo que habían comprado para hacer sus alimentos, que preparaban entre ambos, iniciando él a Paola en secretos de cocina, que ignoraba casi tanto como ella;

la enfermedad de Paola vino a agravar esta situación; una enfermedad para la cual no podían consultar médico, porque era un abortado provocado;

viendo a Paola ya bien grávida, y lleno de horror ante la idea de tener un hijo que viniera a aumentar y a completar su miseria, consultó a un amigo suyo, artista desprevenido como él, y éste le había indicado y aun preparado la droga que debía dar a Paola, para que abortara;

y, él, se la había dado, haciéndole creer que era una poción para calmar los dolores de vientre que sentía;

el trance fué horroroso;

Paola estuvo a punto de morir, atendida por él solo, pues era imposible llamar a nadie sin correr el peligro de ser denunciados;

el feto, apenas en formación, fué arrojado al "egout", no sin echarle encima grandes cantidades de agua hirviendo;

mal cuidada, mal alimentada, teniendo que alzarse continuamente del lecho para atender a los cuidados del triste "ménage", Paola tardó mucho en reponerse, y cuando se puso definitivamente en pie y se declaró en convalecencia, era ya una sombra, un fantasma, de su antigua belleza exuberante y radiosa;

la tisis, el terrible mal que no había perdonado a nadie de su raza materna, despuntaba ya en ella, pronto a hacer destrozos en esa naturaleza debilitada por la falta de nutrición, y la violencia de la reciente enfermedad;

además, su claustración era completa, pues habiendo pignorado todos los que traía, no tenía vestido alguno que ponerse, y a causa de eso no salía de su vivienda malsana y fétida, que era como un ergástulo para ella; desde la "lucame" que le servía de ventana, contemplaba el horizonte de techos y de humo, monótono y sombrío, que no decía sino tristezas a su corazón;

en las largas jornadas sin ventura, Doménico pintaba, y ella ensoñaba;

la alegría había huído de ambos, y pasaban largos ratos silenciosos, ensimismados, abstraídos, cual si estuviesen ausentes el uno del otro, en brazos de muy distintos sueños;

otras veces miraban la inmensidad del horizonte con ojos ávidos, como si esperasen ver venir por ella algún mensaje de consolación;

y, un mismo suspiro salía de sus pechos, como si soplara en ellos un mismo hálito de abatimiento y de desesperanza;

él, más feliz, pasaba las noches en los cafés, donde después de vender sus cuadros—cuando los vendía—se entretenía en beber, con otros artistas, muchas veces hasta embriagarse, y en cortejar cocotas baratas, con las cuales cometía repetidas infidelidades a Paola, por la cual sentía un despego cada día mayor;

la cadena de este amor empezaba a pesarle aun más que la que había roto, y, pensaba que no valía la pena de haberse libertado de aquella esclavitud holgada y lujosa, para haber caído en esa otra de hambre y de miseria;

y, esas constantes reflexiones, hacían que al regresar a su casa fuera displicente y autoritario con Paola, abrumándola de reproches, y acusándola de ser la causante de todos sus males;

esas querellas de "ménage" hacían más insoportable su vida, y lo retenían a

él más largo tiempo fuera de la casa, siempre en los cafés, tratando de ahogar en el licor la triste realidad de su existencia;

y, así regresaba muchas veces ebrio, maltratando a Paola de palabras, y amenazando maltratarla de hecho;

una noche que llegó más tarde que de costumbre, halló a Paola en la puerta de la casa, con una cesta en la mano y tiritando de frío;

¿qué había ocurrido?

ella se lo dijo;

como hacía más de un mes que no pagaban la "location", la portera, obedeciendo órdenes del dueño de la casa, había aprovechado la ocasión en que ella había salido a comprar lo necesario para la cena, había cerrado con llave la puerta del "petit logement" que ocupaban, no permitiéndole la entrada;

y, allí estaba, helada de frío, apenas cubierta por una toquilla, que más era un adorno que un abrigo;

él, la llevó a un café cercano y le hizo beber un ponche caliente para tonificarla;

era ya tarde para ir a conseguir dinero, y tarde para ir a importunar con ruegos a la portera;

esperaron en el café hasta que éste se cerró;

entonces quedaron en la calle, bajo el rigor del frío y de un aire tenaz, que cortaba el cutis, como con cuchillas invisibles;

se sentaron en un banco sobre el malecón vecino;

él, se quitó el abrigo y cubrió a Paola, que temblaba como una febricitante;

no habían comido nada desde el medio día, y el hambre les devoraba las entrañas;

todo en torno de ellos era el desamparo y el rigor;

pálida, exánime, Paola parecía una muerta, cuando no se sacudía violentamente, por los ataques de la tos, que la aquejaba;

cuando una alba blanca, de una tristeza de sudario, apareció en el cielo, diseñando vagamente las torres de "Notre Dame", que les estaba cercana, apenas separada por un puente, se dirigieron a su casa a esperar que la portera abriera la puerta;

ésta, conmovida, recogió a Paola en su "loge", mientras Doménico iba a buscar dinero para pagar el alquiler;

lo trajo hacia el medio día, y pagó;

pero el propietario fué inflexible y les dió "congé";

un amigo pintor les cedió una galería de cristales en que había tenido su "atelier", sobre los techos de una casa de la "rue Racine", y, allí se refugiaron, no llevando por todo ajuar sino la cama desvencijada en que dormían;

Paola cayó enferma;

el frío y el hielo de aquella noche a la intemperie le habían sido fatales;

en aquel "atelier", de vidrios mal juntos, donde el viento entraba silbando y la luz no moría sino en las noches sin luna, pasó largos días de cama, con una fiebre devoradora, poblada de visiones;

Doménico no se preocupaba gran cosa de ella, y pasaba más tiempo que antes en el café, donde una cantante rusa, que concurría a él, lo tenía fascinado;

de mucha más edad que él, porque podía ser su madre, pero de una belleza eslava deslumbradora en su madurez, la cancionista viciosa y voluntariosa se enamoró del joven pintor, y para intimar con él, le propuso que hiciera su retrato;

éste, aceptó gozoso, y desde el día siguiente, no salió casi del apartamento de su nueva amiga, en el cual lo que menos hacía era pintar;

este nuevo amor lo alejó más de Paola, que rendida en el lecho pasaba largos días de abandono inmisericorde;

terminada la contrata de la Wiazienscky, que así se llamaba la artista, ésta

fué contratada para una "tournée" en Rusia, y propuso a Doménico acompañarla;
y, éste aceptó;
y, ligero, insubstancial, cegado por su nueva pasión, se escapó un día, sin preocuparse para nada de la pobre enferma, sin decirle una palabra, sin dejarle ningún recurso;
dos años duró en esa excursión, viviendo al principio de la cantante, y, abandonándola luego, cuando se abrió con su pincel un amplio campo en la vida artística;
volvió a París y allí supo sin emoción la muerte de Paola en el Hospital, a donde había sido llevada, y la de su mujer, acaecida pocos días después de su fuga, y se vió libre y se sintió feliz;
y supo entonces por amigos italianos que su suegro el marqués no lo había perseguido cuando el rapto de Paola, para evitar un escándalo que deshonraba su familia, y había dado por muerta a su hija, enviando a todas sus relaciones una tarjeta de defunción de ésta;
y supo que muerta la vieja madre del marqués, éste, se había casado en segundas nupcias con una hermana de su mujer, para dedicarse al cuidado de su nieto, el hijo de Francesca, que era toda su adoración;
la fortuna empezó a sonreirle, como si se alzara del fondo de esas tumbas que él había abierto;
su padre murió, dejándole su título de barón de Pietralta y una cuantiosa herencia;
su nombre de artista empezaba a abrirse campo en París, traído por el rumor de las revistas rusas y escandinavas; y, ese perfume de exotismos lo ayudaba a triunfar;
montó un lujoso "atelier", tuvo bellos modelos e hizo cuadros magníficos;
una mención honorable primero, y un premio ganado luego en una Exposición de pintura, acabaron de establecer su reputación;
fué el retratista titulado de aristócratas, los banqueros y los políticos en boga;
así duró varios años amasando durante ellos una gran fortuna, que unida a la suya, lo hizo sólidamente rico;
París fué su pedestal;
desgraciadamente, un escándalo a punto de nacer vino a derrumbarlo de él;
fué un asunto de corrupción de menores;
París, que ama tanto los "affaires", iba a tener uno, sensacional;
el nombre del gran pintor mezclado a él, lo haría resonante;
felizmente su oro logró apagarlo, y la fuga disfrazada con pretextos artísticos, hizo el silencio en torno de él;
fué primero a New-York;
el puritanismo yanqui sabía algo del escándalo parisino, y no fué benévolo con el pintor;
rechazado por Yanquilandia, pensó en Santilandia, y allá fué;
la gran Metrópoli, beatífica y voluptuosa, lo recibió con los brazos abiertos;
fué el artista de moda;
todas las cabezas, coronadas por la estirpe, por la fortuna o por la gloria, afluyeron para ser reproducidas por su pincel en lienzos admirables;
así, en pleno triunfo, había conocido a la que hoy era su mujer, y, se había casado con ella, presa de un loco amor que no había sentido por ninguna otra;
y, había sido feliz hasta ahora, hasta la tarde anterior, en que ese primer choque con ella había nublado el sol de su ventura;
fatigado de esa larga excursión por su Pasado, abrió los ojos como para tomar conciencia de sí mismo, y miró asombrado los objetos que le rodeaban, como si le fuesen extraños;
sobre la mesa cercana, la cafetera de plata había dejado de hervir, y la llama azul del alcohol se había extinguido dulcemente;

se puso en pie y se cercó a la mesa;
el café estaba aun caliente;
se sirvió una taza y lo apuró lentamente, con delectación;
encendió un cigarro y vió la hora;
eran las dos de la tarde;
nadie había llamado por teléfono, nadie había venido a buscarlo;
él, había dado orden a la portera, de no dejar entrar a nadie, a excepción de su criado si venía a traerle algún recado;
era la hora en que su mujer había ya comido, y ni por teléfono, ni por medio de su sirviente, lo había hecho llamar;
no había duda: continuaba enfadada;
y, pensó con rencor en la causa de aquel enfado;
según él, era su hijo, Gerólamo de Montefieltro, que no se quería llamar Saldini, el hijo de Francesca de Montefieltro, el cual se le había aparecido de súbito, en plena juventud, bello, altanero, despectivo, traído allí también por el oleaje del amor, porque había raptado él también una mujer, y la había dejado en París, y había venido hasta allí, hasta Santilandia, en busca de su padre, al cual no había visto hasta entonces...
sin duda su mujer tenía celos de aquel hijo a quien él no amaba;
¿por qué su hijo había venido a turbar la paz de su vida? ¿por qué?...
¿por qué venía a turbar la paz de su amor, ese tardío y violento amor suyo que parecía hecho con los despojos de todos sus amores y, que se acrecía terriblemente al verse amenazado?
y volvió a pensar en la deliciosa y suave criatura, que había sido hasta ese día, su mujer, tan tierna, tan amante...
y, caviló sobre el cambio brusco que la había hecho de súbito intratable y feroz;
su amor hasta entonces había sido un himno de adoración mutua, más ardiente, más vehemente de parte suya, pero lleno de mimos y de encantos por parte de ella, que decía amarlo más que todas las cosas sobre la tierra;
una paz serena, paz de infinito se había extendido sobre su corazón;
todo, hasta su espantosa y terrible sensualidad, se había calmado en él, al entrar en la quieta y apacible bahía de ese amor sereno y puro;
todo su Pasado se había desvanecido al contacto de esos labios que parecían haber sellado los suyos con un beso de Olvido y de Perdón;
todo su Pasado amable, todo su Pasado culpable, parecía haberse desvanecido en una suave sensación de amnesia;
¿habían existido el amor y las mujeres, antes de conocer él, aquella que hoy era la suya?
¿había existido él, antes de nacer para este amor?
eso se preguntaba al exhumar su Pasado, ante el cual estaba ahora como ante una sepultura removida, de la cual han extraído un cadáver;
su Pasado...
hélo ahí que se alzaba ante él, tomando una forma corpórea y viva;
una forma que evocaba y sintetizaba todo ese Pasado: su hijo;
¿por qué esa condensación de su Pasado surgía ahora, en ese jardín de encanto donde por primera vez florecían las rosas verdaderas de su amor?
él, había sido hasta entonces superior al Remordimiento, esa doble conciencia de los débiles, que no borra el Crimen, y no sirve sino para envilecerlo, anulando en él toda forma de belleza posible;
¿por qué temblaba ahora viendo aparecer a su hijo, que tomaba ante sus ojos las formas visibles de una Expiación?...
en aquellos ojos tan bellos, que recordaban los de la madre muerta en abandono, no había cariño ni ternuras para él;
esos ojos tenían la dura severidad de un Castigo;

¿por qué esa evocación de su Pasado, esa Expiación, ese Castigo, tomando forma humana, había atravesado los mares, y, se plantaba así ante él, insolente y retador, con un gesto audaz de dominio y destrucción?...

ello es, que él, temblaba ante su hijo, no como ante un ser humano—ante los cuales no había temblado nunca—, sino como ante algo inmaterial, algo espiritual, que no podía definir y que lo turbaba con sólo mirarlo; algo fatal para su vida: lo INEXORABLE;

¿cómo suprimir ese obstáculo, alzado de súbito entre él y su ventura?

¡ah! si su hijo partiera... si desapareciera de su presencia...

si volviera a Italia... a París...

pero he ahí, que según él mismo se lo había confesado, estaba retenido allí, por una aventura de amor, con una bella mujer, casada;

y... ¿por qué no partir raptando la mujer ya que el marido imbécil no merecía ninguna forma de consideración?

él, mismo se lo había aconsejado así;

pero, Gerólamo, carecía de fondos, ya que no le habían llegado los que esperaba de Italia, y tardarían en llegar, porque su abuelo, el viejo marqués, no era muy listo para desatar los cordones de la bolsa;

su hijo, se había dirigido a él, justamente el día anterior, pidiéndole veinte mil francos para su viaje...

y, él, había retrocedido ante la magnitud del empréstito, y le había pedido tiempo para reflexionar;

ahora comprendía que había hecho mal;

"a enemigo que huye, puente de plata", se había dicho;

se puso a su escritorio, escribió el cheque para su hijo, lo puso bajo sobre y lo rotuló, dispuesto a llevarlo él mismo al correo;

se vistió, se arregló ante el espejo, sonriendo ante la idea de la cara que pondría el marido engañado, al no encontrar su mujer, que Gerólamo había raptado;

y sintió orgullo de su hijo, gozando, como si la aventura fuese suya;

se puso el abrigo;

y, salió.

* * *

Apenas salido de su "atelier", Doménico Saldini pensó en ir a comer;
fué a hacerlo, en el restaurante de un Círculo austriaco, al cual pertenecía;
comió sin gran apetito, y conversó con varios amigos que se le acercaron;

salió tarde y solo;

puso en el primer buzón que halló a mano la carta para su hijo;

miró el reloj de una torre cercana, por pereza de abrirse el abrigo para mirar el suyo;

eran las cuatro de la tarde;

un crepúsculo prematuro anaranjado y suave, de matices deliciosos e infinitos, se extendía sobre la ciudad alacre y fastuosa;

coches de plaza y coches de lujo llenaban el arroyo; las bocinas de los automóviles llenaban el aire con sus voces inacordes y exasperantes;

los tranvías se abrían paso perezosamente por entre aquella ola de vehículos, alentando a éstos y a los peatones con su insoportable repiqueteo;

por las aceras un público lento y flaneador circulaba con paso procesional. o hacía corros en las puertas de los cafés;

las mujeres iban solas o en grupos, caminando con una elegancia rara, como envueltas en esa gasa de argento violáceo, en que la bruma gris del crepúsculo envolvía todos los objetos;

algunas se detenían ante los escaparates de las joyerías, contemplando las piedras preciosas, con tal resplandor de avidez en la mirada que eclipsaba el esplendor de las piedras mismas;

y se alejaban de allí con un gran gesto de tristeza, que en vano querían ocultar bajo el encanto de una sonrisa fatigada, que apenas entreabría el arco gracioso de sus labios, ultrajantemente pintados de carmín;

un encanto sutil y delicado se desprendía de aquellas mujeres, en la palidez histérica de algunas de las cuales, residía un atractivo morboso, que se diría palúdico, tal era el contagio de fiebre erótica que se escapaba de ellas;

todo, hasta la atmósfera parecía concupiscente;

un hálito de bestialidad triunfal se sentía por todas partes, como escapado de un establo de bestias en celo prontas al gesto de la procreación;

desde las aceras los hombres saludaban a las señoras que iban en los carruajes, y los más jóvenes hacían señas a las cocotas que iban, fingiendo actitudes principescas, unas en coches, otras en autos, y las otras paseando por las aceras sus bellezas claudicantes, de las cuales, el más sabio "maquillaje" no lograba ocultar el deterioro;

este espectáculo acabó por desalentar y fatigar a Doménico Saldini, que resolvió dejar el Boulevard ruidoso y tomó por una de las calles adyacentes, buscando otras de menos trajín, más sosegadas;

amaba esas calles quietas, llenas de suaves melancolías, más bellas a esa hora naturalmente agobiada de tristezas, tal vez nacidas del alma de la Noche que se avecina;

se internó por un dédalo de ellas, buscando el mayor silencio y la mayor quietud, hasta hallarse en la del "Navío", muy larga, muy antigua, que había sido muchos años atrás, una de las más aristocráticas y tumultuosas de la ciudad; y se había hecho luego, por los caprichos de la urbanización, una calle aislada y solitaria, habitada por familias burguesas y comerciantes adinerados;

la calle era en ese momento uno como oasis delicioso de calma y de quietud;

se internó por ella;

el aspecto vetusto y retrospectivo de las altas casas lo atraía como la paz vegetal que reinaba tras de las verjas de algunas de ellas, donde arbustos deshojados se nimbaban del azul diluído en la hora crepuscular;

caminaba a la aventura, como perdido en su propio ensueño, deteniéndose a mirar los escaparates de las tiendas, o caminando lentamente, con un automatismo idiota, en el corazón de la tarde opaca que le parecía llena de extrañas crueldades;

de súbito se detuvo;

había visto abrirse la portezuela de un coche que se paraba cerca de la acera, y, asomar por ella un pie diminuto y tentador, que buscaba el estribo;

sus ojos, siempre violentamente enamorados de la gracia de toda forma femenina, se detuvieron en la contemplación de aquel pie, primorosamente calzado, y del nacimiento de aquella pierna, hasta ver asomarse y descender la elegante silueta de la mujer que venía adentro;

quedó asombrado, no dando crédito a sus ojos, y no sabiendo si avanzar o retroceder;

era su mujer;

sí: no le quedaba la menor duda;

se ocultó en un portal cercano, continuando en observarla, mientras ella, inclinada sobre su bolso, buscaba la moneda con que pagar al cochero;

sí, era ella, era su mujer; la reconoció muy bien;

el coche partió, y ella entró en el zaguán de la casa frente a la cual había descendido;

salió enloquecido de su escondite, con la intención de detenerla;

pero cuando llegó frente a la puerta, ya su mujer había desaparecido en la escalera;

quiso preguntar a la portera, pero se abstuvo;

entonces reconoció el lugar;

retrocedió y miró el número de la casa, era el 42...

aquella era la casa de "Cleo", la casa de la "Marquesa", como la llamaba la gente, la casa de citas más elegante y más conocida en la ciudad;

él la conocía bien por haber tenido allí muchas citas de amor antes de su matrimonio;

conocía bien todas las habitaciones de la casa, por haberlas frecuentado;

¿en cuál de ellas estaría su mujer?

¿eran éstas las fiestas religiosas a que acudía?

vió rojo... una ola de sangre le invadió los ojos y, el cerebro;

su alma napolitana le gritó: "¡vendetta"!...

se tocó el bolsillo donde llevaba su revólver, y se dirigió de nuevo a la puerta de la casa;

iba en busca de su mujer, a matarla sobre el lecho del pecado, y a matar a aquel que estuviera en sus brazos;

avanzó ciego de coraje;

la portera le salió al encuentro;

entonces volvió en sí;

preguntó por la "Marquesa";

al saber que no estaba y que no era día de reunión, la verdad se mostró más patente a sus ojos;

la espantosa Verdad;

salió de nuevo a la calle;

allí, tratando de serenarse, meditó su verdadera venganza;

la sorprendería "in fraganti", en pleno adulterio, y la haría poner en prisión;

y obtendría su separación, ya que en aquel país no existía el divorcio;

pensando así se dirigió al Juzgado de guardia más cercano, y allí requirió el auxilio de la autoridad para constatar un adulterio;

dos inspectores se pusieron a las órdenes del egregio pintor, a quien habían reconocido;

llegados a la casa, y sin hacer caso de las preguntas de la portera, subieron al piso primero, donde estaba instalado el apartamento de la "Marquesa";

apartando a la camarera que salió a abrirles, se internaron por los pasillos, que Doménico conocía muy bien;

éste se detuvo y aplicó el oído a la puerta de la "Cámara Blanca"... Silencio...

igual cosa en la "Cámara Amarilla"...

en la "Cámara Azul" se percibían voces y risas;
Doménico reconoció bien la voz y la risa de su mujer;
entonces, él, y los policías se consultaron en voz baja;
si tocaban a la puerta, los culpables se pondrían en guardia, y era más difícil probar el hecho;
puestos de acuerdo, metieron los tres a un tiempo mismo el hombro a la puerta, y ésta, de muy frágil cerradura, se abrió de par en par, dejando ver la escena sugestiva;
Gerólamo de Montefieltro, el hijo de Doménico Saldini, envuelto el cuerpo desnudo en una bata mal cerrada, sentado en un sofá, tenía sentada en sus piernas a Georgina Durán, mujer de Doménico Saldini, apenas vestida de una camisa muy corta...
se tenían estrechamente abrazados, y fumaban los dos el mismo cigarrillo;
al ruido que hizo la puerta al abrirse, se separaron;
Gerólamo se puso en pie, y, Georgina, trémula de pavor a la vista de su marido, quiso ocultarse tras una cortina para amparar sus desnudeces;
con un puñal desnudo Doménico avanzó sobre su mujer, para matarla;
Gerólamo se puso entre ambos, y cogiendo con fuerza el puño de su padre, le dijo:
—No la matarás estando yo aquí.
—Miserable—rugió Doménico—, ¿ignoras que es mi mujer?
—Yo sólo sé que esa mujer es mi querida, y no la dejo ultrajar;
Doménico levantó la mano sobre su hijo para abofetearlo;
éste retrocedió unos pasos, y, teniendo en la mano el revólver que había tomado de sobre la cómoda, dijo, amenazando con él a su padre:
—Señor barón de Pietralta, ¿no sabe usted que un Montefieltro no se deja impunemente poner la mano en el rostro?
y, cambiando luego de tono, dijo a los policías, para que comprendieran bien el sentido de sus palabras:
—Señores: contened a mi padre, que se empeña en hacerme cometer un parricidio—y sonrió con sonrisa impertinente y agresiva, sin dejar de mirar a Doménico, y teniéndolo a raya con su revólver.
—¡Su Padre!...—dijo uno de los inspectores...
—¡Su Padre!...—murmuró el otro...
—Sí; su Padre—gimió Doménico Saldini, con lágrimas en los ojos, dejando caer anonadado los brazos a lo largo de su cuerpo, y bajando la cabeza, como anonadado y vencido por la enormidad del ultraje que no podía vengar;
los policías tuvieron piedad de él y abreviaron la escena, llevándoselo fuera, no sin decir antes a los culpables:
—Y ustedes, vestirse aprisa y seguirnos a la Comisaría para firmar el atestado;
y salieron...
ya en el pasillo, Doménico Saldini no pudo contener su llanto;
amaba tanto a esa mujer, que la idea de verla en prisión le rompía el alma...
—Y, ¿se la llevan ustedes a la cárcel?
—Si usted firma la denuncia, sí...
—No, no—dijo él—, ¿no creen ustedes mejor evitar el escándalo?
—Lo creo—dijo uno de ellos—, y mucho más tratándose de un drama de familia tan escabroso.
—Tan escandaloso—añadió el otro.
—Es verdad—exclamó asustado Doménico Saldini—, es verdad;
y, después de meditar un momento, dijo con resolución:
—Señores, retiro la denuncia; he resuelto proceder de otra manera para evitar el escándalo...

los dos inspectores le estrecharon la mano en gesto de aprobación, y uno de ellos dijo melancólicamente, como si evocase íntimos dolores:

—¡Oh! los hijos... los hijos...

y, los tres hombres descendieron la escalera, como abrumados de un mismo dolor, cual si les pesase igualmente el fardo absurdo y miserable de la paternidad;

se separaron...

y, Doménico Saldini se fué solo, anonadado, inconsciente, sin saber qué hacer, ni qué pensar, envidiando acaso a los únicos seres felices en el mundo, aquellos en los cuales ha muerto toda forma de Amor, y, aquellos que no lo han sentido nunca.

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

Rogamos a nuestros corresponsales y suscriptores que nos remitan la correspondencia en la siguiente forma:

Sello
PRENSA POPULAR
Apartado 498. MADRID
